

Responsabilidad de los religiosos en educación de la fe

JOSÉ PABLO BASTERRECHE

1. Responsables...

Se cumplen ahora diez años desde que el Cardenal SUENENS zaba uno de sus clásicos libros de difusión mundial. Su título es *corresponsabilidad en la Iglesia hoy*. En el prefacio asegural Cardenal que «la afirmación de la corresponsabilidad de todo cristianos en el seno del pueblo de Dios era la idea clave del Cilio desde el punto de vista pastoral»¹.

¹ Card. SUENENS, *La corresponsabilité dans l'Eglise aujourd'hui*, Ed. Desclée de Brouwer, p. 7.

En el ámbito de la Vida Consagrada, el reclamo insistente al tido de responsabilidad compartida va siendo factor clave en das las convocatorias a la renovación, ya sean capítulos gener ya tantas y tantas asambleas y sesiones regionales. Una exige que preside y determina el método de trabajo, la didáctica de nimación de vida y estructuras.

De hecho, tantas críticas, a veces caricaturescas y exagera pero no siempre desprovistas de razón, surgidas aquí y allí ant pocos convencionalismos y conformismos arrojados a veces apariencias de virtud, han sido estímulo para impulsar esfuer renovadores y evaluaciones más cuidadas. Se daba no rara ve el escollo de ser «extrodeterminados»², por usar la terminolog RIESMAN en su obra *The lonely crowd*, o «teleguidados» en las pias decisiones, por decirlo como Alvin TÖFFLER en su «bes ller» *The future shock*³. Tropiezo éste muy lejos de ser exclu

² David RIESMAN, *The lonely crowd*, Yale University Presse (Estados Unidos).

³ Alvin TOFFLER, *The future shock*.

(*) Ponencia presentada por el autor en la VII Semana de Reflexión para Relig y Religiosas, Madrid, Pascua de 1978.

de los religiosos, dentro de una sociedad en que tanto pueden las técnicas de la persuasión. Pero que reviste singular gravedad cuando afecta a quienes por vocación están llamados a ser «signo» en la Iglesia, elemento indicador y animador en ella para «atraer a todos a cumplir sin desfallecimiento los deberes de la vida cristiana», en dicho de *Lumen Gentium* ⁴.

stitución «Lumen
im», n. 44.

Favorecidos con especiales esclarecimientos sobre el sentido de la existencia y de los acontecimientos, sentimos el peso de una obligación que se opone a toda inoperancia, a toda reserva egoísta de tal iluminación. Acude a la mente, sin buscarlo, el conocido reclamo de Paul CLAUDEL: «Vosotros, los que veis, ¿qué hacéis con esa luz?» .

CLAUDEL, *Le Père
é*, Ed. Gallimard,

Apremio que se carga con nuevas urgencias en tiempos en que, como diagnóstica *Gaudium et Spes* ⁵, somos todos «testigos de que está naciendo un nuevo humanismo en que el hombre se define principalmente por su responsabilidad para con sus hermanos y ante la Historia». Supone esto una reflexión honda y asidua, una postura de atento examen y de discernimiento exigente para atemperar nuevas respuestas a nuevas cuestiones y planteamientos nuevos. Sobre todo para quienes nos sentimos urgidos por el «tremendo misterio» de que hablaba Pío XII en su encíclica *Mystici Corporis* ⁶: el pasmoso designio de Dios, que quiere andar en la historia al paso que le marcan nuestras políticas y estrategias.

stitución «Gau-
et Spes», n. 55.

XII, *Encíclica
ci Corporis*», n. 19.

Nuestra generación asiste al colapso de tantos tinglados, no pocos de apariencia incommovible, que no tolera fácilmente inconsistencia en los planteamientos ni incoherencia en el modo de vivirlos. En fin de cuentas, muchas ruinas actuales vienen a ser como el *revelado* histórico de una larga película de ingenuidades y apriorismos de más o menos bulto. Ante el cambio repentino y progresivo, pero rápido, de los marcos históricos, sea por descolonizaciones y nuevas autonomías, sea por mutaciones diversas, políticas o culturales, se evidencian inconsistencias arrastradas por mucho tiempo...

Bien será, pues, que nos paremos a considerar despacio y en común diversos aspectos de nuestra responsabilidad hodierna para aquilatar criterios, apurar orientaciones y mejorar políticas al ritmo y con la hondura que los tiempos serios en que vivimos nos lo piden. Por ejemplo, la responsabilidad que tenemos...

2. Nosotros, los religiosos, en la educación de la

Permitidme, para empezar, un leve retoque en la formulación de mi tema. Prefiero personalmente hablar de nuestra responsabilidad de religiosos como *educadores en la fe*. Me ocurre que, cuanto más reflexiono sobre nuestro cometido educador, sus posibilidades y sus limitaciones, y cuanto, por otra parte, más trato de bucear en el misterio insondable y en la gratuidad esencial de la fe, más se me parece ésta a nuestras estrategias y manipulaciones, a las sutilezas de nuestros esfuerzos metodológicos y didácticos. Por eso, prefiero considerar cómo nos movemos *en la fe* y cómo intentamos en ella indicar senderos a nuestros discípulos, en vez de intentar entender, con el mecanismo de nuestras expresiones, que permitamos a nosotros formar esa fe o actuar directamente sobre ella. Como quien dijo con propiedad que «la fe nos tiene a nosotros, y no nosotros los que tenemos la fe».

Ni quiero dejar para más adelante el afirmar bien claro nuestra solidaridad con cuantos, en un modo o en otro, trabajan en pedagogía e iniciación cristiana. No sea que al insistir en que nosotros, *como religiosos*, corremos con peculiares responsabilidades pareciera que me apunto a cualquier clase de monopolio o exclusivismo. Lo que ni se ajusta a mi criterio ni sería admisible al considerar que cuando el Sínodo último viene a recordarnos con fuerza una realidad que resulta clave en su doctrina, a saber, que la catequesis es «responsabilidad total y solidaria de toda la comunidad cristiana (la comunidad es la que catequiza), como que es Pueblo de Dios, Cuerpo de Cristo y Signo universal de salvación, y como que muestra al mundo».

A pocos meses del mismo Sínodo los obispos de las provincias vascas lo han afirmado con singular fuerza y claridad en su mensaje pastoral sobre «Problemas actuales de la enseñanza»: «los creyentes —dicen— existe una nueva plataforma educativa muy peculiar: la comunidad cristiana. Efectivamente, la educación de la fe en su sentido pleno, la celebración de la fe y el compromiso del creyente sólo pueden conseguirse en el seno de la comunidad eclesial viva y operante»⁸. *Viva y operante*, sal y levadura en el cenocho hoy de potenciar su fuerza y su sabor, para ser «no distintos de los demás por su tierra, ni por su habla, ni por sus costumbres, sino queriendo y debiendo ser en todo «lo que es el alma para el cuerpo así ella para el mundo», como escribía en el siglo II el autor de la Carta a Diogneto»⁹.

⁸ Carta Pastoral de los obispos de Pamplona y Tudela, Bilbao, San Sebastián y Vitoria sobre «Problemas actuales de la enseñanza», p. 50.

⁹ *Discurso a Diogneto*, BAC, n.º 65, «Padres apostólicos».

Encuadrados así, plenamente insertos siempre y de veras en la gran comunidad de los creyentes en Cristo, a quienes viene

fiado el dar testimonio de él¹⁰, veamos *qué es lo nuestro, como religiosos*, en el quehacer de ayudar a todos a la promoción de su propia fe.

2.1. *Ante todo, estimo prioritaria una atención más responsable al mantenimiento y potenciación de nuestra fe personal,*

antes de pensar en una acción educativa sobre la de los otros. Bien anclada en el alma la convicción de que *el problema fundamental en la misión del educador cristiano es el de su propia fe en Cristo Salvador*. Un problema sobre el que estamos expuestos a saltar fácil y peligrosamente cuando nos ponemos a descubrir y discutir métodos y estrategias para la pedagogía religiosa.

De hecho, se ha señalado no rara vez la crisis y aun la angustia de misioneros que tropezaban en su acción evangelizadora con la falta de seguridad y de correcta visión del mensaje que debían anunciar. Se ha comentado en ocasiones el drama de evangelizadores que, al llevar el anuncio de salvación importaban con él a otros países el equipaje fraudulento de las dudas y confusiones reinantes en el país de origen. Y son bastantes los que se interrogan sobre la claridad y la precisión de la doctrina que exponemos al evangelizar, sobre la idoneidad y coherencia del testimonio que debe encarnarlo y avalarlo. En el último Sínodo se ha dado la voz de alerta sobre los atentados a la integridad del mensaje, sobre la traducción en la docencia de las quiebras y mermas en la propia creencia. Se ha insistido en la mayor importancia de una integridad *cualitativa* respecto a una integridad meramente, o principalmente, *cuantitativa* y material. Todo esto nos recomienda una estructuración correcta y sólida de nuestro credo personal y de su expresión existencial. Sólo así podemos respetar y honrar el derecho del educando a una transmisión fiel y correcta de la buena nueva.

Damos aquí con un grupo de problemas y responsabilidades que atañen básicamente a la profesión de fe del mismo pedagogo de la fe, a su formación profunda, a su competencia doctrinal, a su personal comprensión y aceptación del dato revelado y de la historia de la salvación, a su adhesión personal a Cristo y a su Iglesia, y su aceptación de las diversas mediaciones por las que nos viene tal noticia. Un problema o un grupo de problemas que nos exige atención constante a los signos de los tiempos y asiduidad al intercambio comunitario; un empeño tenaz de actualización, en sincero cotejo de nuestra creencia con el contexto histórico y cultural en el

que la vivimos «hic et nunc». Y, a la vez, un esfuerzo coherente encarnarla en un compromiso efectivo y constante en esa historia quemante y sangrante que es la historia de hoy, la nuestra y la de los hombres de nuestro tiempo. Afán por acendrarla día a día: ayudándonos en ello la escucha paciente, agradecida y abierta a las críticas que nos prodigan los mismos hombres, y particularmente los jóvenes. Porque en sus indicaciones, no raras y a veces irrespetuosas y hasta agresivas, hay elementos que pueden darnos a eliminar ilusiones y determinar mejor el sentido de nuestras apreciaciones y de nuestras conductas.

Sólo desde la fe, desde una fe personal recia y coherente, podrá iluminar el camino de otros y sostener sus pasos inciertos en el camino de la verdad. Procurarles una cosmovisión cristiana será viable cuando nuestros propios ojos estén limpios y alumbrados con la luz de Dios. Ha sido esa la lógica de los Fundadores, que vertebraron el esfuerzo colosal de crear metodologías e instituciones, de dar a la vida y a la historia nuestros propios Institutos. Si me permitís citar a mi propio Fundador, en él aparece una lógica tan rigurosa como determinante: un primordial cuidado por ser «hombres de fe», en «vivir de la fe» es condición indispensable para poder consagrarse a formar cristianos capaces de vivir la frase clásica del Santo— «el verdadero espíritu del cristianismo es el amor». Olvidarse de tal base para nuestro sucesivo planteamiento resultaría presunción irresponsable.

2.2. *Otra premisa indispensable para nuestro cometido en la pedagogía de la fe es **nuestra vivencia comunitaria, como presión pública de valores evangélicos encarnados en nuestro grupo***

Es nuestro modo genuino de vida en la Iglesia y en él debe haber patente la solución concreta, en Cristo, a los problemas de la vivencia fraternal humana. Lógico será para nosotros el sabor de aquella cautivadora manifestación del Espíritu en la primera comunidad cristiana, que en cuadro idealizado nos presenta: Hechos de los Apóstoles. En él destacan el amor fraterno, la donación desinteresada y espontánea de los propios bienes en patrimonio común¹¹, la alegría y la sencillez¹², hasta causar el estupor y la admiración de cuantos los veían y que, lo mismo en Antioquía que en Jerusalén, producía el «aumentarse cada día el número de los que debían ser salvos»¹³.

Eran grupos «chocantes» aquellos de los primeros cristianos. Nosotros, los otros, los que caminamos sobre sus pasos y queremos dar

¹¹ Hechos, 4, 32.

¹² Hechos, 2, 46.

¹³ Hechos, 2, 47.

mismo testimonio, debíamos considerar mejor si nuestras comunidades religiosas no han perdido mucho de ese su carácter «chocante», profético, contestatario, que es carisma muy suyo y ha podido diluirse demasiado en una tentativa sistemática de adaptarse y adecuarse a los modos del mundo en torno. Lo nuestro, y esto es para mí responsabilidad insoslayable de nuestro cometido, es ser un grupo suscitador de interrogantes (cfr. I Pedro, 3, 15), y no un grupo anodino en fuerza de querer ser simpático. Nuestro talante comunitario ha de causar asombros y ocasionar perplejidades que alumbren ansias de descubrir los secretos hontanares de donde sacan fuerza y sentido unas conductas que, a primera vista, resultan inexplicables. Nosotros, a título peculiar dentro de la comunidad cristiana, debemos hacer brotar ese rosario de preguntas que cita *Evangelii Nuntiandi*, en párrafo que nos merece particular consideración¹⁴: «¿Por qué son así? ¿Por qué viven de esa manera? ¿Qué o quién es el que les inspira? ¿Por qué están con nosotros?...»

angelii Nuntiandi».

Es aquella mansa provocación elemento auroral en el proceso de tantas maravillosas conversiones. Lo que, en el estilo espontáneo de una sencilla carta me descubría un joven pakistaní, Dhara, alumno finalista, no cristiano, de nuestra escuela media en Multán: «Yo no sé cómo explicar el provecho que he sacado de la presencia de los Hermanos de La Salle en Multán. Lo cierto es que La Salle ha cambiado completamente mi visión de la vida.»

Es evidente hoy la acción del Espíritu incitando a nuestras comunidades a un serio y metódico esfuerzo por hacer más patente su genuinidad evangélica. Para que se muestre más claramente su amor desinteresado en su servicio al prójimo indigente, menos enigmática su pobreza, más actual y actuante su compromiso por la justicia, más sincero su acercamiento a los dolores y problemas del mundo y su participación real en las carencias y dificultades de los necesitados.

Ciertamente resultará difícil apreciar con exactitud lo mucho que nuestras familias religiosas han contribuido a la salvación y progreso del mundo, a la solución de muchos de sus problemas. También, ¿por qué no reconocerlo?, será delicado medir en qué modo y grado nuestras comunidades han podido ser ocasión de tropiezo para los que con paso incierto buscaban a Dios a través del testimonio humano. A todo evangelizador le deben servir de reclamo a un examen responsable aquellas frases finales del número 19 en *Gaudium et Spes*: «... En la génesis del ateísmo pueden tener no pequeña parte los propios creyentes en cuanto, o con el descuido de la educación religiosa, o con la exposición inadecuada de la doctrina, o incluso con los defectos de su vida religiosa, moral o

social, han velado más que revelado el genuino rostro de Dios la religión.»

¹⁵ Idem, n. 41.

Lo cual quiere decir, siguiendo el hilo de nuestra reflexión, somos responsables de nuestro testimonio comunitario como elemento de primer orden en la educación de la fe. Porque el hombre contemporáneo, dice *Evangelii Nuntiandi* ¹⁶, «escucha con gusto a los que dan testimonio que a los que enseñan, o si escucha a los que enseñan es porque dan testimonio». El P. Timmern Superior General de los Misioneros del Espíritu Santo, consagró su intervención en el Sínodo último a recordar esta función educadora y catequística de las comunidades religiosas. Sea tal nuestro vivir comunitario que realmente «revele y no vele», «transparezca y no desfigure» ese rostro de Dios que el hombre y el joven de hoy buscan, a veces sin saberlo, como única clave que les libere del surdo y del caos moral de un mundo en cambio.

3. ... Particularmente los religiosos educadores

Creo que nuestro Fundador ha sido extremoso en inculcarnos un exigente sentido de responsabilidad frente a los jóvenes, en un doble aspecto:

- Para responder *por* aquellos que «la Providencia nos ha confiado», «de cuyas almas debemos dar cuenta a Dios», según las vigorosas expresiones de La Salle en sus *Meditaciones sobre el ministerio educador* ¹⁶.
- Para responder *a* los mismos jóvenes. A su necesidad de orientación y de aliento; para ayudarlos a responder mejor ellos al designio salvífico de Dios sobre sus vidas ¹⁷; para responder a sus múltiples cuestionamientos y problemas, al enfrentarse progresivamente con la vida y sus misterios ¹⁸.

Juan Bautista DE ALLE, *Meditaciones los días de retiro*, adas a todos aque-ue se dedican a la ción de la juventud, Antonio Le Pre- ned. 1.^a, p. 3.

n, med. 1.^a et pas-

n, med. 1.^a, p. 2.

n, meditaciones 7.^a

Ser educador religioso significará, según esto, sentir profunda y quemante la herida de esa solicitud de orden verdaderamente pastoral, de esa misión genuinamente eclesial ¹⁹. Hacer de ella la fuente de inspiración, de celo, de creatividad inagotable, el eje de una vida consagrada.

Tratemos de traducir todo esto en actitudes existenciales para todo educador religioso. Significará, ante todo, una *fidelidad responsable y permanente a la misma juventud*. Una voluntad decidida de no abandonarla, y no sólo ni principalmente cuando esto resulta fácil y bien visto... criterio que resultaría peregrino y desconcertante como orientación evangelizadora, sino, sobre todo, cuando esa juventud se nos muestra huidiza y hasta agresiva, autosuficiente y alérgica a nuestro trato.

Me parece que con el fenómeno o subcultura «juventud» se dan características análogas a las que ofrecen las culturas largo tiempo marginadas al llegar a conciencia de su autonomía. Primero es el rechazar cuanto proviene de quienes fueron sus tutores o, tal vez, sus explotadores. Pero luego, en un segundo tiempo, o en una nueva organización de sus relaciones, reclaman la colaboración y la continuidad en el diálogo, que entonces se hace más real y auténtico, más libre de resabios de paternalismo, dogmatismo, autosuficiencia o engréido complejo de superioridad.

Este sincero deseo de diálogo serio y profundo con los adultos lo he podido estudiar en la serie de más de 2.000 «Cartas al Papa» recogidas con ocasión del pasado Sínodo, escritas por otros tantos muchachos y muchachas, de edad generalmente comprendida en-

²⁰ *Letters to the Pope*, 2.000 cartas de jóvenes de Estados Unidos y de Australia, principalmente (algunas de Inglaterra, España y América Latina) *pro manuscripto*.

tre los dieciséis y los dieciocho años ²⁰. Tal diálogo es uno de los requerimientos más repetidamente formulados, junto con el mandato instantáneo de una más abierta participación en decisivas actividades que les conciernen y el reconocimiento mayor de su propia responsabilidad en la Iglesia. Para que esto sea posible, necesitamos educadores abiertos a su mundo y conocedores de sus problemas. Son muchos entre ellos los que repiten, en términos más o menos análogos, lo de Tim., muchacho de dieciséis años: «Mucho, pero particularmente los jóvenes, necesitamos gente abierta que pueda responder a nuestras preguntas y tratar de estudiar los problemas de hoy, con la Iglesia, a nivel comunitario.»

²¹ *La escuela católica*, documento de la Congregación para la Educación Católica, nn. 74-75.

No podemos, ciertamente, alejarnos de esa juventud, aparentemente rica y autosuficiente, pero transida de indigencias y de insatisfacciones, ni aun para volvernos a otros ministerios de inabarcable urgencia y actualidad. ¿Es que esta atención y cuidado ha perdido actualidad o urgencia? A tal abandono, no meramente retórico, alude discretamente pero significativamente el documento «La escuela católica» de la Congregación para la Educación Católica publicado hace un año ²¹. Su advertencia va dirigida, sobre todo, a los que contrajeron en la Iglesia una vocación educadora. La maravillosa economía del Señor y de su Iglesia la diversidad de sus ministerios, tan bien descrita por el Apóstol, llama al hombre en su tiempo a la diversidad complementaria que a la fidelidad es indispensable.

²² Jean-François SIX, *Les jeunes, l'avenir et la foi*, Co. «Croire aujourd'hui», pp. 23-25, Ed. Desclée de Brouwer, 1976.

No perdamos de vista que la juventud, como subcultura bien diferenciada, ha aumentado en número tanto como en importancia. Pero es aquella etapa de la vida, bien enmarcada entre los quince y los veintidós años, de que estábamos acostumbrados a tratar. Sus límites se consideran ampliados ahora hasta los diez y los treinta años. Los han dilatado, por una parte, la precocidad evidente de nuestros adolescentes una información más pródiga impartida y una mayor riqueza de elementos formativos, o de elementos formativos, puestos a su disposición; y por otra, la forzada «ante el tiempo» que deben guardar tantos y tantos hasta poder encontrar con suficiente acomodo y congruo empleo ²².

En la misma proporción se ensancha el abanico de sus problemas y perplejidades, y las solicitaciones potentes y diversas que demandan su espíritu, mucho más que el de los adultos que ya fijaron su opción fundamental en la vida. Rebajar nuestra presencia humana, idónea y formativa, entre esta juventud, ¿resultaría decirnos verdaderamente responsable, fiel a la opción fundamental que nuestros Fundadores suscitaron los problemas de su tiempo?

4. En la escuela...

Llegamos a un tema que hoy se ha puesto candente. Secularmente apacible y monocorde, se nos ha hecho hoy eminentemente conflictivo. El tratarlo exige una serenidad y hasta una intrepidez superiores, no tan necesarias en otros tiempos; como también un conocimiento mucho más matizado de sus implicaciones y de sus diversos aspectos. ¿No es claro que la escuela no ha perdido, antes ha ganado y mucho en interés y trascendencia en el momento social y político en que vivimos? ¿Podríamos nosotros, religiosos educadores, analizarlo con ligereza y así desengancharnos del mismo y endosarlo benévolamente a otros, ahora que se pone tan arduo?

Si nuestra presencia en la escuela entra de lleno en el tema que nos ocupa, siento no poder ocuparme de él ahora sino muy rápidamente, más como de paso que entrando de lleno en el meollo de tantos puntos polémicos. Pero en modo alguno podría evitarlo, aunque sólo fuera por sentir en mí vivo y acuciante el apremio de una responsabilidad que se alimenta del mismo núcleo vocacional de mi vida. «La escuela impugnada» titula Pedro CHICO el primer capítulo de su obra *La escuela cristiana*, publicada con ocasión del centenario lasaliano en España ²³. ¡A fe que escogió bien el adjetivo! Cuando él reúne en apretada y nutrida síntesis la serie de impugnadores ilustres que la escuela o sus diversas encarnaciones históricas han tenido (Marcuse, Goodman Illich, etc.) nos advierte cómo unos y otros nos han ido a la vez suministrando, con sus ataques, unos necesarios puntos de reflexión y examen.

Nos apuntan fallos en los que alguna responsabilidad nos cabe a los que de la enseñanza hemos hecho profesión y ministerio. Nuestra respuesta sólo puede ser el ponernos con empeño a rescatarla de las lacras que desfiguraron su imagen: la falta de espíritu y función críticos, la servidumbre al consumismo y a los sistemas sociales imperantes, la carencia de suficiente dimensión promocionante, la ausencia de tono liberador, concientizador... Vicios todos opuestos a la genuina concepción de la escuela cristiana, pero no siempre extraños a su quehacer histórico.

Me atrevo a decir que *felizmente* vivimos en tiempos incómodos y exigentes en que la escuela es impugnada. Los ataques de turno van provocando una riqueza espléndida de análisis, evaluaciones y responsabilizaciones que no se daba en tiempos de calma. Documentos eclesiales, como la reciente pastoral colectiva sobre «Problemas actuales de la enseñanza», ya aludida, «bien valen una guerra»..., trayendo al caso, aunque sea un poco por los pelos, una frase famosa. Felizmente, se trata sólo de un botón de muestra.

²³o CHICO, *La escuela cristiana*, Ed. Bru-drid, 1977.

Lo importante es que todo ese esfuerzo de reflexión y evaluación descubra con más claridad:

- Que la escuela sigue teniendo una incidencia muy singular en el futuro religioso, social y humano de nuestra cultura. Las buenas razones teóricas o académicas que sustentan este aserto ceden en rotundidad demostrativa ante la evidencia que le añade la intransigencia fanática de los políticos al rozar este tema.
- Que eso que llamamos «escuela neutra» sin serlo en realidad, al resultar aséptica teóricamente a la preocupación trascendente y al sentido último de la existencia, se opone al sentido común y a un sano concepto de la dignidad del hombre y de su innegable dimensión religiosa.
- Que en cualquier tipo de escuela se impone la necesidad de la iniciación religiosa, el respeto leal a las propias opciones (o a las de padres y tutores si se trata de un menor de edad), sin que pueda el Estado pretender una gestión exclusiva, totalitaria, domesticadora basada en su propia visión antropológica.

A tal luz se ve mejor, y parece entenderse más claramente, que la presencia de la Iglesia en la escuela se hace, en una u otra forma, imprescindible. No tanto por reclamar un derecho propio cuanto por salvaguardar la posibilidad de un servicio que ella presta al hombre. No se trata de una presencia «masiva, privilegiada, excluyente de otros grupos ideológicos»²⁴, pero sí de una inserción proporcionada al servicio que de ella se espera y al derecho de padres y alumnos de contar con medios adecuados para una adecuada iniciación religiosa. Y ¿no es el sentido histórico de nuestra institución el ser manos y boca de la Iglesia para asegurar mejor el servicio.

²⁴ Olegario GONZALEZ DE CARDEDAL, *Iglesia y enseñanza*, Ed. S. M., 1977, p. 123.

Tal responsabilidad nos exige una atención serena y sostenida para discernir lo que es esencial y lo que es sólo accesorio, lo que resulta imprescindible y lo que es meramente aleatorio, lo que es de ley y lo que ha resultado espurio en el desempeño concreto de nuestra misión educadora.

Nos ayudará a ello el prestar toda la atención que se merece a las voces responsables que nos recomiendan «concentrarnos más en lo que es acción evangelizadora y educadora de la fe en ser explícito... distanciarnos progresivamente y de modo eficaz de la vinculación a las instituciones docentes propias, mientras el marco jurídico-político las siga condenando a aparecer como

vidoras de las clases sociales imperantes... aceptar la gestión de otras instituciones docentes... crear instituciones subsidiarias para quienes no pueden crearlas, los sectores más o menos marginados... reclamar del Estado, por todos los medios lícitos, iniciativas y decisiones que hagan real y efectiva la igualdad de oportunidades, la libertad de iniciativas pedagógicas, la desgravación económica de la enseñanza en todos sus grados... y, finalmente, preparar muchos hombres y mujeres competentes para enseñar la religión en los diversos marcos escolares...»²¹.

Nos compete la responsabilidad de rehabilitar, de recrear y hacer más genuina la imagen de la escuela católica, que tantos quisieran relegar al archivo de recuerdos históricos, y quiera Dios que no les hagamos el juego. La voz autorizada de la Iglesia (véanse el documento ya citado de la Congregación para la Educación, las formulaciones del último Sínodo, numerosas e insistentes afirmaciones de Pablo VI) sigue recomendándola insistentemente a nuestra preocupación pastoral, a nuestra responsabilidad ministerial. A nosotros nos cumple preferente el hacer que la Escuela Católica sea sencillamente eso: *escuela*, verdadera forja de formación humana; y *católica*, es decir, expresión genuina de valores evangélicos.

Verdadera escuela renovada:

- a) Que en ella los vetustos pilares de una disciplina nimia e impositiva del saber libresco y memorista, del individualismo competitivo y rico en incentivos para el amor propio cedan su primacía a *las tres corrientes que deben animar hoy una escuela actualizada*: 1) formación en la autonomía y en la autodeterminación, 2) espíritu de investigación y búsqueda, 3) vida de relación en que la persona vea mejor asegurada su integración en la comunidad.
- b) Que aparezca visiblemente más enraizada en el medio real en que trabaja, potenciando una *promoción colectiva* y no un grupo privilegiado y exclusivo.
- c) Que *prepare* más realísticamente a la vida y a sus exigencias y problemas hoy. Interesada y creativa en acudir a las concretas necesidades actuales y no perpetuadora de clisés pertenecientes a capítulos superados de la historia. Promotora de un progreso y de un cambio efectivo de estructuras que reconocemos injustas; y no mantenedora del «status quo» con el que en hartas ocasiones nos hemos identificado en nuestra formación, en nuestros usos y en nuestros hábitos.

Auténticamente católica y, por lo mismo, «lugar» en que ofrezcamos responsablemente:

1. Una aproximación de la fe y de la cultura, para que el Evangelio pueda iluminar y dar sentido al progreso en la cultura humana.
2. Una clave y un recurso donde hallar respuestas seguras a las múltiples cuestiones que los estudios y la vida presentan al joven en su camino hacia una madurez adulta.
3. Un espacio de libertad, de verdadera y profunda libertad, de capacitación para ser auténticamente libres en la iniciación en el buen uso de tal libertad: con un ambiente en el que campeen realmente los valores evangélicos: amor, libertad y justicia.
4. Una palestra privilegiada para el desarrollo sistemático y suficientemente completo de una cultura religiosa estructurada. De una catequesis que, sin pretensiones de ser completa, constituya más una verdadera «andamiaje» (proceso personal ascendente en busca de la verdad) que una mera «catequesis», entendida en su resonancia etimológica de aceptación de algo que viene «de arriba», disposición harto pasiva, con insuficiente incorporación de la experiencia y del compromiso en la vida cotidiana.²⁶
5. Una cosmovisión cristiana de la historia y de las ciencias que invite y estimule a la vez para empeñarse en leer la historia con fuerza por cumplir más plenamente el precepto del Catecismo en el primer capítulo del Génesis.²⁷
6. Y, sobre todo, un clima de verdadera comunidad cristiana, en que el adolescente haga la experiencia y el aprendizaje concreto de una red de relaciones inspiradas en la fe. Y así se prepare a ser miembro activo y abierto de una gran comunidad cristiana, universal y local.

Esta enumeración, aparentemente harto idealística, es sólo un inventario de las características que el Sínodo de 1977 señala para definir una «escuela católica».

¿Utopía? Sí, en el sentido en que lo es cualquier proyecto encaminado a llenar del Evangelio los espacios de la vida humana. No por utopía queremos entender una quimera irrealizable. Lo que es que la escuela católica ideal no existe, es una abstracción. Entre las «escuelas católicas», las que nosotros organizamos y mantenemos, con sus luces y sus sombras, sus logros y sus carencias,

²⁶ Pierre MOITIEL, *Ecole, culture et annonce de la foi*, Secr. Nat. de l'Enseignement Publique, París, 1977, p. 37.

²⁷ Génesis, 1, 28-30.

pendientes sobre todo del equipo que las anima. La escuela es lo que el maestro que la regenta, según un viejo adagio. Para que el concepto de escuela católica no quede relegado al mundo de los sueños, se nos pide que:

- El proyecto educativo que define su identidad sea realmente operante e inspirado en el Evangelio.
- Que todos los que en ella se empeñan —profesores, padres, alumnos, empleados— formen una verdadera comunidad cristiana.
- Que la apertura de esta comunidad al mundo que la rodea, su especial sensibilidad y preocupación para los «otros», menos privilegiados, sea nota que muestre su genuinidad evangélica.
- Que, así, toda su vida y organización resulte una «catequesis total y continua», no limitada a la clase de religión, sino difusa e integrada en toda la existencia y la actividad del centro, en un clima de «solidaridad, de convergencia, de servicio» transido del espíritu y del mensaje de Cristo.

Es toda una empresa que desafía a las más generosas audacias y que nos solicita con evidentes urgencias, a nosotros, religiosos educadores. ¿No argüiría peligrosa ligereza el decir fácilmente que eso lo pueden hacer otros? Y ¿qué obra apostólica y misionera no puede ser hecha por otros?

5. ... y doquiera ellos se encuentren

La escuela no es ni puede ser para nosotros como un glorioso ducto cargado de historia al que nos agarramos convulsivamente angustiados por su posible pérdida. Es simplemente eso que vamos de decir: un «lugar privilegiado»²⁸, aún hoy, en el que demos activar la maduración de la fe y abrir al conocimiento Cristo y de su Iglesia a la generación adolescente.

²⁸ *La escuela católica*, n. 16.

Pero no lo es todo. La rigidez de sus fronteras materiales se cada día más fluida, para abrirse en estructuras educativas que completan, la actualizan, la proyectan más sobre la vida y, vez, condicionan su influencia y reclaman su integración en contextos formativos más amplios. Lo que el conocido informe F «Apprendre à être»²⁹, llamaba «ciudad educativa». Una escuela sin límites irreconocibles, desparramada por calles, plazas, tertulias, asociaciones, radio, televisión, etc...

²⁹ Edgar FAURE, *Apprendre à être*, Ed. UNESCO, 1972, p. 189.

Por todas las encrucijadas de ese mundo deambulan, crecen y se extiende su red de comunicaciones y su nueva peculiar cultura infantil de jóvenes. Ya de siempre una escuela que se cerrara sobre sí misma mal merecía el nombre de escuela. Una escuela católica que hoy hemos ya insinuado, sería totalmente incoherente con su nombre si no pensara en todos o se olvidara fácilmente de «los otros». La gran incompatibilidad, pues, entre el responder seriamente a nuestra presencia e inserción en el mundo escolar propio y el extender nuestra preocupación y acción a ese otro mundo mucho más dilatado y complejo.

De fe y formación en la fe estamos hablando. Bueno será traer a colación que la historia del Padre de los creyentes se abre precisamente con las palabras «sal de tu tierra»³⁰. La misma o parecida invitación se repite a menudo en la historia de la salvación y nos dirige hoy a nosotros para reclamarnos la renuncia a posesiones adquiridas y a cómodas instalaciones. Precisamos adoptar «espiritualidad de éxodo», hecha de desasimiento y agilidad de espíritu, para hacernos capaces de una verdadera «inculturación» nuestra necesaria integración en la nueva «cultura juvenil» donde ella brota o se manifiesta.

³⁰ Génesis, 12, 1.

Conocida es la insistencia del Sínodo sobre esta exigencia evangelizadora. La vamos entendiendo mejor a medida que se nos hacen más evidentes las diferencias entre unas y otras culturas y el respeto que todas nos merecen. Vamos perdiendo cierto monolitismo de conceptos y de disposiciones y comprendiendo mejor que el «nomadismo» evangelizador no es exclusivo de los patriarcas, profetas, ni de Cristo y sus apóstoles, de tantos testigos que

tuvieron ciudad fija»³¹ y nos precedieron y dieron ejemplo en la difusión de la fe.

Hoy resulta aún más congruente tal movilidad con la que caracteriza en manera relevante la vida actual. Así, un autor que no tiene mucho ni de patriarca ni de profeta, Alejandro SANGUINETTI, escribía sobre nuestro mundo que «es como una bicicleta. Nada hay más estable que esta máquina cuando se pedalea fuerte. Pero si nos olvidamos de hacerlo, nos rompemos la crisma»³².

andre SANGUI-
Sujets ou cito-
d. Lafont, 1977.

Se trata no de un desasosiego «inquieto y andariego», sino de llegar a los jóvenes por todos los medios. Nos referimos, en general, al ir al encuentro de la llamada «tercera cultura», de mayor extensión y fuerza cada día. Una cultura joven, formada predominante, pero no exclusivamente, por jóvenes: frágil, como todo ser en las primeras etapas de su desarrollo; mirada con recelo por sus ilustres progenitores, la cultura humanista y la científica. La primera con sus estructuras fuertemente centradas en la persona y en la propiedad privada, en la familia y en la tradición. La segunda, prometeica y avasalladora, pronosticando la solución de todos los problemas humanos con sus inventos y sus superestructuras; pero que se torna ya sospechosa de avasallar al hombre y comprometer su autonomía, de atentar peligrosamente al equilibrio ecológico...

Esa tercera cultura va convocando con fuerza creciente a aquellos que se encontraban con menos acomodo y más peligro de ser atropellados en el seno de las culturas dominantes. Tipos particularmente recomendados a nuestra particular atención, orientación y apoyo. Poco podremos hacer por ellos si no empezamos por estudiar cuidadosamente sus nuevos modos y tratamos de adecuarnos a ellos: sólo honrándolos con esta seria atención podremos lograr que ellos nos atiendan seriamente y se abran al mensaje que queremos transmitirles.

Si aquí no podemos permitirnos un análisis algo completo de sus características, quiero al menos reseñar algunas más notorias que puedan darnos unos hitos de reflexión, de examen y de trabajo. Me interesa particularmente notar en los adictos a esta «tercera cultura»:

1. *Su empleo de un nuevo lenguaje*, cuyas categorías y expresiones se distancian de las nuestras. El lenguaje, como sabemos, es siempre clave de penetración en un medio cultural y condición de un diálogo válido. A quien sigue atentamente los discursos y alocuciones de Pablo VI le es fácil detectar la preocupación obsesiva con que vuelve sobre tal dificultad y tal urgencia de ser entendidos y de entendernos. Así escribía, por

ejemplo, en su carta al rector de Lovaina, el 13 de septier de 1975: «Las ciencias eclesiásticas deben asumir tareas vas, al menos parcialmente... Se trata de entrar en diálogo los nuevos estilos de cultura que aparecen...»

2. *Sus nuevos modos de relación.* El liderazgo arrollador, la autoridad impositiva, la institución imponente... no son santo o devoción. Su poder es mirado con recelo y disgusto. No entrarían en el nuevo estilo de relación, más sencillo y espontáneo (en esto, más cercano al del Evangelio), más actuante en trayectorias horizontales que en imposiciones verticales. No convertir tales modos sería cerrar el acceso a la necesaria cercanía o ritual en que la fe se transfunde en algún modo.
3. *Su alergia evidente a toda actitud de seguridad monolítica.* Todo dogmatismo institucional por parte de los adultos. Al menos comúnmente algo así como un culto a la duda, un talante generalizado de escepticismo. La seguridad y la certeza se hacen sospechosas. El profesor Víctor FRANKL, jefe del Departamento de Neurología del Policlínico de Viena, habla de muchas neurosis que hoy día reconocen por causa «la ignorancia de fines», la pérdida del sentido de las cosas. Y llama a tal enfermedad «vacío existencial». Es una pobre herencia que la generación joven recibe y desarrolla en ambientes que poco o nada les ofrecen para colmar tal vacío. En parecido sentido se expresa David RIESMAN en su libro *Abundance, for what?*³³. Él la enfermedad más terrible hoy no es la destrucción tecnológica atómica o biológica, sino «the total meaninglessness», la carencia total de sentido». Pasquale BORGOMEO titula significativamente un artículo suyo en «Christus»³⁴ «Fragilidad definitiva». Comprendemos que entre jóvenes tal neurosis cunda fácilmente. Alardear de seguridades y certezas ante la angustia, en vez de mostrar un humilde y sereno afán de buscar la verdad en común, sería romper puentes de comprensión en vez de facilitar el mutuo entendimiento.
4. *Su alergia a engancharse en grandes causas y grandes proyectos y su preferencia por el grupo pequeño.* Cansancio y desconfianza de los grandes alardes publicitarios para promover altas empresas, Desengaño de no pocas supercherías envueltas en grandilocuentes retóricas. Desilusión por tantas causas después de hacer no poco ruido alcanzaron un fin poco decisivo. Todo esto contribuye a despertar en el joven de nuestros días el apetito de sinceridad y de intimidad que encuentra mejor en grupos a medida humana. La reacción desconfiada a los poderes y las maquinaciones de las superestructuras y su

³³ David RIESMAN, *Abundance, for what?*, p. 291.

³⁴ Revista «Christus», n.º 77 (enero 1973), p. 9.

potencias le aumenta el gusto y el deseo del «grupo refugio», del «grupo enlace»... donde su persona amenazada puede encontrar apoyo y calor con que enfrentar mejor la más amplia vida social y moverse mejor y más seguro en ella.

5. *Su concepto diverso del trabajo.* La cultura científica y el marxismo lo habían mitificado. En la «tercera cultura» su estima pierde muchos puntos. Se rechaza y condena la servidumbre a que un trabajo intensivamente programado somete y encadena al «homo faber». Así, el Centro de Estudios e Investigaciones, en Francia, acusaba en reciente encuesta que sólo el 14 por 100 de los jóvenes encuestados daban al trabajo un valor humanizante. El 86 por 100 restante lo miraban tan sólo como carga obligada con que poder subsistir y mantener o mejorar el nivel de vida.
6. *Sus actitudes religiosas grandemente diversificadas* y desconcertantes. Junto a un menosprecio del sentimiento y de las formas populares, masivas, tradicionales de fervor religioso y una alergia por las formas de culto impuestas en algún modo, se dan en ellos rebrotes de tensiones religiosas y hasta pseudomísticas, a veces totalmente esotéricas y originales. Manifestaciones ambivalentes, que merecen atento examen y cuidadoso discernimiento: resultan a veces genuina manifestación de una innata sed de Dios y de lo trascendente, son en otras ocasiones indicios de evasión, rechazo o abandono. O, como enseña MILANESI³⁵, «nuevas respuestas a la demanda de nueva calidad en la vida emergente de toda crisis subcultural, o manifestaciones de una *búsqueda de la fe como horizonte significativo*». Discernimiento éste que nos recomienda una preparación exigente y una solicitud generosa.

Caracteres todos, ligeramente esbozados, de un mundo en gestación. En él vemos un reto muy semejante al que provocó la opción fundamental de nuestros Fundadores ante las carencias y dificultades de su tiempo...

Con su reto implícito, los jóvenes unen su directa interpelación a nuestro mundo. El último Sínodo se ha referido también explícitamente a estas interpelaciones procedentes de los jóvenes.

«Reaccionan contra la reducción del hombre a una sola dimensión y se vuelven hacia lo irracional y lo gratuito... Con sus dudas, temores y repulsas, la juventud es necesaria para hacer más verdadera la fe de la Iglesia, la nuestra, la de los adultos rutinarios y habituados —dice AYEL—. La juventud nos recuerda que la fe no viene porque sí, que supone una conversión, nunca terminada, que no se hereda como una propiedad o un título bancario...»³⁶.

MILANESI, *Ipotesi sulla religiosità dei giovani*, l'Assegna di Teologia, noviembre-diciembre 1977.

cent AYEL, *Perspectives sur le changement (pro manuscrito)*, 1-80.

³⁷ PABLO VI, *Populorum Progressio*, n.º 13.

Y nosotros ¿qué? Habremos, sin duda, de reaccionar responsablemente. Eso es lo nuestro y lo que hoy es objeto de nuestra preocupación. ¿Sería lícito soñar en evadirnos en algún modo de este deber educador?... «Experta en humanidad», ha llamado la Iglesia Pablo VI en *Populorum Progressio* ³⁷. «Expertos en juventud» estamos convocados a ser los que profesamos un ser educativo en la Vida Consagrada. ¿Lo somos realmente? Y ¿cómo son nuestras deducciones prácticas hoy? Para ayudar a encorajarnos, permítidme sugerir algunas actitudes concretas que me parecen imprescindibles.

³⁸ I Reyes, 3, 5.

a) Sea la primera la de *saber escuchar*. Actitud fundamental que sea de paso, en el mundo de la fe. La bella plegaria de Salomón que cita el Libro de los Reyes ³⁸ admite esta sencilla traducción propuesta por Jacques LOEW en el retiro que predicó al Papa y a su Curia en 1970. «Da, Señor, a tu ser un corazón que sepa escuchar.» Yo me atrevo a elevar esta plegaria a Dios en nombre de todos: «Danos, Señor, un corazón que sepa escuchar.» Un corazón que sepa «auscultar», investigar, observar, analizar cuanto en esta nueva generación vive y se mueve para mejor comprenderlo y acertar con las vías de entendimiento mutuo, de recíproca comprensión.

b) Con tal escucha será posible acceder a *una actitud sincera y diálogo*. Un diálogo en que lealtad y coherencia aventen confianza y recelos acumulados por tantas incongruencias, declaraciones y proceder, por tantas faltas de honradez personal, familiar, política y social, voceadas por los dios de comunicación, nada remisos en divulgar escándalos, airear sensacionalismos.

³⁹ MOITEL, *op. cit.*, pp. 37-38.

Se trata de un diálogo en que, más aún que opiniones, se enfrenten experiencias vivas. Como escribe MOITEL ³⁹, se trata de «confrontar historias»: la de Jesús, la nuestra, la del grupo con quien tratamos. Cada historia con su propio «subsuelo vital» y contexto vital. «En el espesor de ese subsuelo vital donde brotará la interpretación cristiana, en la confrontación de esas diversas historias, personales o colectivas.»

c) Nos toca volver a nacer y nos convendrá meditar asiduamente el sabroso diálogo de Jesús con Nicodemo, en el capítulo primero de San Juan. *Nacer a un mundo nuevo de relaciones*: renunciar a formas de autoridad, de imposición apriorística. Construir un nuevo templo en que prevalezca el aceptarse recíprocamente y así ayudar a una aceptación más espontánea, más cooperativa, de la Ley. Nos interesa ahondar en una buena p

gogía de las relaciones humanas. En fin de cuentas, el meollo del cristianismo está en esas relaciones de amor verdadero que Cristo nos trajo a la tierra y que aún estamos tan lejos de haber implantado profundamente en ella.

- d) Condición indispensable en tal diálogo será *una sinceridad visceral* que no admita encubrimientos de nuestra verdadera identidad cristiana. Los adeptos de credos e ideologías diversas nos lo requieren como postulado para una genuina colaboración. Era tal el sentido de lo que decía Ilena MARCULESCU, exponente marxista de relieve, a un grupo de pensadores cristianos reunidos en diálogo: «Si nosotros, marxistas, hemos maltratado el misterio, ayudadnos vosotros a encontrarlo, comunicándonos vuestra experiencia del mismo»⁴⁰.

do por José M.^a
ALEZ RUIZ en
après Marx, Ed.
1971, p. 16.

- e) Debe ser objeto de una atención preferente *la formación de comunidades de adultos* a medida humana, dinámicas y evangelizantes, portadoras del gozoso anuncio de nuestra salud y prontas para comunicarlo a los demás en la amistad y el desinterés. Serán el verdadero elemento dialogante con los grupos juveniles que hemos señalado como estructura preferencial en su vida de relación.

Sean nuestras propias comunidades fecundas en promover y animar nuevas comunidades. A ellas se aplique, como a los grupos que en su entorno prosperen, lo que Jacques LOEW, Fundador de la Escuela de la Fe en Friburgo, decía del equipo: «Sea el grano de arena o de polvo que lanzado en pleno mundo origine la perla preciosa de una comunidad cristiana»⁴¹.

do por Me. Paul
en *Jacques Loew
défi évangélique*,
ayard-Mame, 1974,

- f) Finalmente, la posibilidad de una comunicación válida con este mundo nuevo nos requiere una *sincera disponibilidad para un compromiso externo actuante y concreto*. «No queremos una Iglesia de balcón», gritaron los jóvenes durante la explosión de mayo de 1968 en París. Rechazamos una Iglesia que se contente con vernos luchar y con alentarnos a la lucha en ocasiones. Queda claro que cada vez es menos posible proclamar con visos de ser atendido y entendido aquello en que no se «juegue» más o menos nuestra vida. El mismo LOEW, que he citado hace poco y que tanto sabe de penetración y lucha por hacer penetrar la fe en ambientes difíciles, escribe en nota inédita⁴²: «Nos es preciso entrar en comunidad de destino con los hombres de nuestro tiempo... Es necesario que la Iglesia acompañe a los hombres en su caminar, mezclada con ellos como el pueblo del Exodo, en que todos participaban del mismo destino.»

Paul PREAT, *op.*
67.

Los Padres del Sínodo de 1977 han declarado que «el compromiso cristiano debe exponerse íntegramente en la catequesis con una especificidad auténticamente católica, en comunión con la revelación y con el magisterio, de modo que incluya todas las dimensiones personales y sociales y evite todo riesgo de ideologización».

6. Para concluir

¿Queda todo dicho sobre nuestra responsabilidad respecto a la educación en la fe, si nos hemos ceñido prácticamente a la escuela y a los jóvenes? Ciertamente, no. Pero ¿podríamos abrigar la presunción de querer encerrar el piélago de problemas y cuestionamientos que tan amplio tema supone en el cuenco minúsculo de una reflexión como la presente? *La fe* es misterio inasequible a las estrategias humanas, y estudiar las vías que a ella conducen pide tiempo mucho más dilatado. La educación es proceso de toda la vida: siempre en constante cambio para plegarse a las sinuosidades que el decurso de la historia presenta. No cabe encerrarla en los límites de ciertas edades. La formación continua es postulado de la pedagogía contemporánea: hasta algunos sueñan con cambiar su nombre y llamarla, con nombre aún indigesto, «antropología»...

Por todo esto, desde el mismo principio de nuestro común itinerario acepté el tener que ser incompleto. Sabía que el complejo panorama, con tantos aspectos interesantes y acuciantes, nos tentaría al zigzagueo y a cierta peligrosa dispersión. No quisiera, con todo, que fallase el objetivo general que me propuse: ahondar algo más en vuestras conciencias el sentido de esa nuestra responsabilidad ante tanto problema como asedia hoy a nuestra juventud y compromete nuestro diálogo con ellos en la fe.

Personalmente, creo y confieso que no me parecen tiempos adecuados los nuestros para pensar en un «cambio de frente» de las fuerzas eclesiales, sino un estudio concienzudo de cómo atenderlo mejor. Y me refiero, claro está, al «frente de la juventud» y a quienes han sido llamados a trabajar en él por la difusión y la profundización de la fe.

Creo y confieso que los tiempos actuales se parecen mucho a los momentos históricos en que Dios suscitó a los Fundadores que quisieron «dar cristiana educación a los pobres y afianzar a la juventud en el camino de la verdad», como reza la oración litúrgica de San Juan Bautiste de La Salle.

Creo y confieso que la escuela «impugnada» tiene necesidad de nuestro empeño responsable para quitar de ella lo que desfiguró su imagen y hacer que sea de veras, cuando de escuela católica se trata, «lugar privilegiado» de catequesis y de formación humana, abierta a la vida y a los tiempos que corren.

Creo y confieso que si la catequesis y educación en la fe piden hoy catequistas mucho mejor preparados, capaces de dar respuestas a

las preguntas de hoy y de todos los días, nosotros, los que he «votado» y consagrado la vida al servicio educador, quedamos para inventar y poner en marcha cuanto haga falta para como lo pidió el Sínodo, «los jóvenes sean los catequistas idó de los demás jóvenes», formándoles a ellos primero en una e lente pedagogía de la fe.

Creo y confieso que, sin encastillarnos en «nuestra» escuela, sin abandonar irresponsablemente la escuela, hemos de aume nuestra disponibilidad y nuestra creatividad para ir al encue de la juventud en los varios «lugares» en que vive y crece su ni cultura. Sin alegres improvisaciones, con preparación concienz que nos habilite para una actitud abierta de sencillez, fidei sinceridad y respeto.

